



Bedtime Story

Skye Warren

Historia perteneciente a

*Who Will Save Your Soul: And Other
Dangerous Bedtime Stories*

Otras historias:

Who Will Save Your Soul

Mafia Cinderella

Heavy Equipment

**TODAS LAS HISTORIAS SON INDEPENDIENTES Y TERMINAN CON
UN “FELICES PARA SIEMPRE”**



Traducción realizada por Traducciones Cassandra

Traducción de Fans para Fans, sin fines de lucro.

Traducción no oficial, puede presentar errores.

Bedtime Story © 2018 by Skye Warren

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o locales es totalmente coincidente. Todos los derechos están reservados. Salvo para su uso en una reseña, queda prohibida la reproducción o el uso de esta obra en cualquiera de sus partes sin el permiso expreso por escrito de la autora.

CONTENIDO

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Sobre la autora

SINOPSIS

Una mujer huyendo de su pasado

Jessica está huyendo con su hijo en el asiento trasero del coche, cuando ve por el retrovisor luces rojas y azules.

Un sheriff de un pueblo pequeño que cree que está más allá del amor.

Se detienen en la oscura y fría carretera rural.

El sheriff sale del coche y se acerca al de ella, pero no puede ser su caballero de brillante armadura.

No puede conocer sus secretos.

No mientras ella esté en el lado equivocado de la ley.

CAPÍTULO 1

JESSICA

El hada más joven se adelantó y dijo: "La princesa será la mujer más bella del mundo".

Me limpio las lágrimas de las mejillas, agradeciendo la oscuridad total del exterior. Tengo los ojos hinchados y la nariz goteando, pero al menos nadie puede verme así. Sí, eso es bueno. Un punto para el optimismo, dos mil negativos para la vorágine de depresión que me tira de los pies.

Optimismo. El arma secreta en el arsenal de una madre soltera. ¿Ky tiene fiebre? Eso significa más tiempo para abrazarlo. ¿La factura del agua es mayor de lo habitual? Tendremos que hacer durar esas dos últimas salchichas de la nevera.

Entonces el padre de Ky apareció en la puerta de nuestro apartamento.

Aprieto ambas manos en el volante, tan fuerte que puedo sentir los latidos de mi corazón dentro de mis dedos. Pero está bien. Optimismo. Puede hacer que el terror total y absoluto se vea bien.

Una señal verde en la autopista parpadea brevemente en mis faros. Province.

Trabajar en una cafetería significa que he escuchado muchas conversaciones al azar, sobre todo de la gente de paso. El nombre de Province, se registra como un pequeño pueblo en las afueras de Tanglewood. Lo que significa que no estoy lo suficientemente lejos para estar segura.

La verdad es que nunca estaré lo suficientemente lejos. Nunca estaré realmente a salvo.

Demasiado para el optimismo.

¿El pueblo es lo suficientemente grande como para esconderme? ¿Aunque sólo sea por la noche?

No puedo ver más allá de las cúpulas gemelas de mi faro, la textura negra del alquitrán es visible a pesar de la oscuridad de la noche. Ha pasado una hora desde que salí de los límites de la ciudad de Tanglewood. Esperaba estar ya más lejos.

Tal vez debería haberme detenido para hacer mejores planes.

Debería haber reservado un boleto de autobús o incluso de avión. No podía arriesgarme, no con Stefano delante de mi puerta, exigiendo ver a su hijo. En el momento en que la pequeña barra de la prueba se volvió rosa, mi vida cambió. Dejó de ser una cuestión de supervivencia y se convirtió en algo más. Sobre una vida para mi hijo, libre de peligro, de violencia. Del miedo.

Algo revoloteó en mi pecho, algo parecido a la esperanza.

Stefano encontró la prueba en el cubo de la basura, y había perdido la cabeza. Me golpeó tanto que temí que abortara. Luego me había echado de la casa. E incluso entonces, incluso agarrando mi estómago, mi cara magullada y ensangrentada, fue una bendición.

Una bendición, como el niño pequeño que duerme en el asiento trasero.

Al menos él no sabe el miedo que tengo ahora mismo, con el corazón latiendo contra mis costillas, la vista nublada por la adrenalina y el agotamiento. No sabe lo que se siente ser golpeado, ser utilizado, ser regalado por tu propio padre. Y si me salgo con la mía, nunca lo sabrá.

El coche traquetea en la carretera, arrancando un breve grito de mí. Sólo es un bache. Estoy nerviosa y demasiado cansada para conducir. Miro por el retrovisor, pero los ojos de Ky siguen cerrados. Espero que esté soñando con los dragones, como el juguete luminoso que aprieta en su pequeño puño. Son feroces. No necesitan empacar sus pertenencias en medio de la noche y conducir hacia ninguna parte. No necesitan tener miedo.

El lado bueno. Siempre hay un lado bueno, no importa cuán tenue sea.

Lo sé. Hay muy pocos momentos en la vida de una chica en los que pueda hacer esta afirmación con total certeza: las cosas no pueden ir peor.

Las luces rojas y azules parpadean en el retrovisor, derramando luz sobre el parabrisas.

Los latidos de mi corazón se aceleran, casi frenéticos con su advertencia: peligro, peligro.

Oh, Dios. ¿Sería de Tanglewood? ¿Ya me había encontrado Stefano? Tenía muchos policías en el bolsillo. ¿Por qué si no me iba a parar un policía? No iba con exceso de velocidad. La pegatina de la matrícula podría ser un poco vieja, pero él no podía ver eso en la oscuridad.

Se me aprieta el estómago, una dura bola de ansiedad que va de un lado a otro entre romper la ley o seguir las reglas. Seguir las reglas no me ha llevado muy lejos en esta vida. Mi dedo palpita como para recordarme exactamente lo que las reglas han hecho.

Correr no va a funcionar, no en este tramo vacío de carretera que no reconozco, con la aguja más cerca de la E que de la F. Si el policía no está sucio, no se va a rendir si lo ignoro.

Y si el policía está sucio, entonces ya estoy perdida.

CAPÍTULO 2

JESSICA

La segunda dijo: "Tendrá un temperamento tan dulce como un ángel".

Me tiemblan las manos mientras dirijo el coche hacia el arcén. El policía se detiene detrás de mí, las luces siguen girando, arrojando azul y rojo sobre los desgastados asientos de tela. Miro la puerta del conductor del coche de policía, pero no se abre. Los segundos pasan, y cada uno de ellos hace que el cuchillo se hunda más. ¿Y si está llamando a Stefano ahora mismo? No debería estar aquí sentada, esperando.

Una oleada de mareos me invade, haciendo que las palmas de mis manos se vuelvan resbaladizas por el sudor.

No creo que pueda seguir mucho más tiempo, pero Dios sabe que no puedo parar. Estoy entre la proverbial espada y la pared. La espada, un peligroso ejecutor de la mafia que se cree mi dueño. Y la pared, un policía que sale de su coche y se acerca a mi puerta.

"Todo va a estar bien", le susurro a Ky.

Todavía está dormido, y yo soy la única que necesita tranquilidad ahora mismo.

Bajo la ventanilla y miro fijamente un cinturón negro y una tela beige.

Un hombre se inclina, con una mano en la parte superior del coche, y con la otra ilumina directamente el coche con una linterna, cegándome. Todo lo que puedo ver es blanco. Todo lo que puedo saborear es metal. Estoy a dos segundos de poner el coche en marcha y pisar el pedal

a fondo. No es seguro para Ky, pero nada lo es, definitivamente no un policía sucio que trabaja para la mafia.

"Buenas tardes, señora. Licencia y registro".

En otras circunstancias, el suave y meloso discurso podría haberme hecho sentir segura. En estas circunstancias, huyendo y agotada hasta los huesos, la seguridad se había tomado unas vacaciones permanentes. Exactamente donde había estado la mayor parte de mi vida.

Busco el cajón del lado del pasajero, esperando que no vea mi mano temblar. Encuentro el pequeño recibo del seguro, el más barato de los que se venden. Saco el carné de conducir del bolso. Luego se los entrego, entrecerrando los ojos a la luz.

"¿Puedo preguntar por qué me ha parado?"

Hay un noventa y cinco por ciento de posibilidades de que esto acabe en tragedia. Que este policía esté conectado de alguna manera con la mafia Luski. Incluso si no lo está, buscará mis papeles y de alguna manera notificará a los policías que están conectados con mi ex.

Pero hay un cinco por ciento de posibilidades de que pueda jugar bien esto. Que a pesar de las probabilidades, termine bien. Que Ky estará a salvo. He vivido mi vida en ese cinco por ciento.

Mueve la linterna hacia el papel, proyectando un brillo demoníaco en sus rasgos. "Estaba conduciendo de forma errática, Srta. Beck".

"Lo siento mucho. Supongo que tengo un poco de sueño. Pararé en la próxima gasolinera a tomar algo de cafeína". Y si me pone una multa, definitivamente estaré en el sistema, donde la gente de Stefano puede encontrarme. "Prometo tener más cuidado".

"Mason cierra a las diez todas las noches".

Las ruedas de mi cansado cerebro giran lentas y chirriantes. "¿Quién?"

Un pequeño levantamiento de sus labios. "El dueño de la gasolinera de esta dirección. Solía abrir hasta la medianoche, hasta que Sherri tuvo el bebé. El siguiente lugar está a ochenta kilómetros".

Nací en el hospital del condado de Tanglewood, la octava hija de un hogar infeliz. Todas las malas hierbas subían por las grietas, no deseadas pero imparables. Nunca he conocido otra cosa que las luces de neón y los ladrillos expuestos de la ciudad. Ciertamente, todas las gasolineras están abiertas las veinticuatro horas, con barrotes metálicos en las ventanas y acuerdos con la pandilla del barrio para que no las asalten demasiadas veces.

En todos mis dieciocho años nunca había visto un trayecto tan largo sin nada.

Y en medio de una tierra negra y tintada está él, un auténtico sheriff de pueblo con un lento acento y un brillo en sus ojos marrones.

"¿Hay algún motel cerca?" No llegaré muy lejos sin gasolina.

Además, nada suena mejor que una cama medianamente limpia.

"¿Un motel? Lisa Renee se ofendería al oír esa palabra para describir el Bed & Breakfast. Sin embargo, ella no te oíría decirlo. Se ha ido de crucero a Alaska. Hace un viaje cada año durante la temporada baja".

No puedo imaginar que un lugar tan alejado tenga una temporada alta.

"¿Crees que podrías dejarme ir?"

Eso me hace ganar una sonrisa en toda regla, sus dientes blancos y afilados contra la noche oscura. En mi delirio parece una especie de príncipe, su placa de sheriff su brillante armadura, y su blanco y negro coche su honorable corcel.

"No, señora. No estaría haciendo mi trabajo si le dejara seguir zigzagueando y dando tumbos por esta carretera secundaria". Inclina la linterna hacia un lado, arrojando un tenue resplandor sobre el asiento trasero sin iluminar directamente la cara de Ky. "Y parece que tienes un pequeño pasajero. No me podría perdonar si le pasara algo".

Mi estómago se convierte en una dura piedra. "Entonces, ¿qué puedo hacer?"

Sus labios se juntan. Parece casi arrepentido mientras mira hacia su coche y luego hacia mí. "Lo que puedes hacer es salir del vehículo".

CAPÍTULO 3

JESSICA

La tercera hada dijo: "Tendrá una elegancia maravillosa en todo lo que haga o diga".

El miedo tiene un sabor, como si hubiera mordido mi labio y sacado sangre. *Lo que puedes hacer es salir del vehículo.* Eso es lo que pasa cuando estás en problemas. Grandes problemas. Cuando las cosas están a punto de empeorar.

"¿Por qué?".

"Tengo que comprobar si has consumido alcohol".

"No estoy borracha. Nunca bebo". Lo que de repente parece una burla. Años de sobriedad. De cuidadosa planificación y ocultamiento, todo convertido en polvo en una terrible noche.

"De todos modos, señora."

Me llevo la mano a la frente, como si la respuesta estuviera escrita en mi piel. En algún lugar cercano. En algún lugar que no puedo ver. No me preocupa lo que pueda pasar si no paso la prueba de alcoholemia. Incluso corriendo con dos horas de sueño puedo caminar en línea recta.

Me preocupa más lo que hará conmigo después de eso.

Hay más policías corruptos en las calles de la ciudad que limpios. Incluso si no tiene vínculos con los Luskis, él podría tocarme. Podría utilizarme. Todo mientras Ky duerme tranquilamente en el asiento trasero. No confío en

los policías más de lo que él parece confiar en los conductores dormidos.

"Tienes que prometer algo".

Su ceja se levanta. "Me parece que no estás en condiciones de negociar".

"Jura que no me tocarás". Yo arrancaría el coche antes de bajar, si él no estuviera de acuerdo con esto. Si no me hiciera sentirme segura de él.

Los ojos marrones parecen brillar incluso en la oscuridad. Esa mirada recorre mi cuerpo en los recovecos del coche, pareciendo asimilarlo todo. "Supongo que no lleva nada, señorita Beck".

Un escalofrío recorre mi piel, ya sea por el aire fresco de la noche o por sus ojos penetrantes. "Nunca llevaría un arma, si es a lo que se refiere".

"Tendrá que disculparme si soy un poco cauteloso, teniendo en cuenta la marca en su dedo".

Cada músculo de mi cuerpo se tensa.

Normalmente tengo cuidado de mantener mis manos ocultas, pero debo haber tenido un desliz. O él tiene un ojo perspicaz. En cualquier caso, ha visto el corazón sangrante y la aguja que lo atraviesa, en tinta negra, en el interior de mi dedo índice derecho.

Todos los afiliados a los Luskis tienen esta marca en alguna parte de su cuerpo. Stefano tiene un elaborado tatuaje que cubre su mano derecha, un corazón anatómico con arterias que cuelgan y escupen sangre a través de su antebrazo, como si lo hubieran arrancado de su cuerpo. La aguja sube por su dedo corazón. Es tan hermoso como aterrador.

Mi tatuaje es mucho más pequeño, mucho más simple. Porque no soy una teniente de la organización. Soy una de las chicas que poseen.

Al menos lo era hasta que Stefano me echó.

Enrosco los dedos alrededor del volante, mirando al abismo. "¿Cómo sabes lo que significa?"

Una risa baja. " Provence está más o menos a mitad de camino entre Tanglewood y Stillwater. Por aquí pasa una cantidad decente de tráfico de drogas. Armas a veces". Vuelve a mirar al niño dormido, como si moderara sus palabras. "Y cosas peores".

Peor, se refiere al tráfico de personas. Humanos como yo. Como lo sería Ky.

No, Stefano convertiría a su hijo en un soldado. Un hombre cruel, a su propia imagen.

Y eso parece aún peor.

"No estoy armada", digo, mi voz baja por la vergüenza. Porque aunque nunca he sostenido un arma en mi vida, esa es mi herencia. Una herencia en violencia y codicia. "Y no llevo ninguna droga. Sólo quiero conducir".

Abro la puerta del coche, echando una última mirada a Ky, rezando para que siga dormido durante esto.

La mano del sheriff no se acerca a su arma enfundada, pero me imagino que podría sacarla muy rápido, como en una de esas viejas películas del oeste. Siento su cautela, su vigilancia, como si yo pudiera ser un traficante de drogas con mi bebé en el asiento trasero.

Mi sandalia pisa el pavimento.

Me sorprende darme cuenta de que no es pavimento. Se convierte en un camino de tierra, cuyos lados sólo están delimitados por tierra, sin bordillo. El verano pasado había sido especialmente caluroso, y el sol de arriba debió de chamuscar la hierba, dejando sólo arrugas.

Cuando el sheriff bajó la linterna al suelo, por fin pude verle bien.

Pelo al viento y labios ligeramente torcidos. Pecho ancho y piernas largas. Parece que podría ir a la batalla a las cuatro de la mañana. Esos ojos marrones guardan mil secretos.

Secretos como el tatuaje de mi dedo y el dolor que puede provocar.

La conciencia me golpea como una tonelada de ladrillos infantiles. Mis ojos hinchados y mi nariz moqueante se ven muy claramente con las luces de su coche patrulla. Me había quitado la sudadera con capucha una vez que salimos de los límites de la ciudad, dejando sólo mi fina camiseta de tirantes. Las horas de conducción sin parar me hacían sentir incómoda.

Se ve mal, estando así a un lado. Entiendo que pueda dudar de mi sobriedad, pero le demostraré que está equivocado. Llevo sobria desde que cumplí quince años, desde que nací. Desde que papá me entregó como un regalo, cumpliendo la promesa hecha cuando nací.

Una maldición en los tiempos modernos.

CAPÍTULO 4

JESSICA

Entonces llegó el turno de la vieja hada malvada. "¡Cuando la princesa cumpla la mayoría de edad, se pinchará el dedo con una aguja y morirá!"

El sheriff se agacha y arrastra un palo por la tierra.

Siento que mis ojos se abren de par en par. "No puede hablar en serio. ¿Dónde está el alcoholímetro? Quiero hacerlo. No te preocupes por violar mi derecho a la intimidad ni nada parecido".

Sus labios se curvaron, divertidos. "Agradezco la oferta, pero no estaba tratando de proteger tu privacidad. No tenemos una de esas. Esto no es Tanglewood, señorita Beck".

Mi mirada se desliza hacia las letras del lateral del coche de policía. Sheriff está escrito en letras mayúsculas. Hmm. Departamento de Policía de Provence, proclama el logotipo. Definitivamente no en los límites de la ciudad de Tanglewood, donde los policías tenían mucho más que alcoholímetros en cada coche. Tenían ametralladoras y tanques reales, aparentemente para manejar los disturbios, incluso si todo el mundo sabía que eran excedentes del ejército. Los acuerdos se hacían en la trastienda a expensas del contribuyente, y del ciudadano desprevenido en el que inevitablemente se utilizaría el equipo militar. Una guerra contra su propio pueblo. Eso es todo lo que sabía de los policías. El enemigo. Pero no a este hombre, que apoyaba una cadera en mi oxidado coche y enarcaba una ceja mientras esperaba que yo recorriera la línea que había trazado a mano.

No, definitivamente esto no es Tanglewood.

"Empiece por un extremo y camine hasta el otro", me dijo.

Me muevo hasta el final de la línea. "¿Tengo que tocarme la nariz?"

"Sólo si quieres", dijo.

Si es opcional, definitivamente no lo haré. Estoy segura de que ya parezco bastante tonta, de pie en el arcén de una carretera rural, temiendo por mi vida pero extrañamente emocionada. Como si hubiera estado operando en las sombras durante muchos años. Y en este momento, con la noche como un pesado velo a nuestro alrededor, me he despertado.

Extiendo las manos en el aire a ambos lados. Parece que es lo que hay que hacer. Soy un equilibrista en uno, dos, tres pasos. Cuando dejo atrás la línea, vuelvo las palmas hacia arriba y le ofrezco un seco "Tada".

No lo dije como una invitación, pero se siente así.

Su mirada desciende por mi cuerpo, tomándose su tiempo y convirtiendo una inspección en una declaración de interés. El calor se enciende en sus ojos. Estoy segura de que está ahí, pero al segundo siguiente desaparece, sustituido por esa mirada impersonal de policía.

Durante un breve momento, me ha examinado.

¿Le gustó lo que vio? Un escalofrío me recorre el cuerpo. No debería importarme eso. Es que hacía tanto tiempo que no sentía ese tipo de interés. Nunca, en realidad.

Del tipo en el que tenía una opción.

"¿Tienes una chaqueta en el coche?", preguntó.

La brisa nocturna recorre mi piel, poniéndome la piel de gallina. No porque haga frío. Sino porque es una

conciencia táctil de su mirada. No puedo admitirlo nunca ante él. A nadie. Diablos, ni siquiera debería admitirlo ante mí misma. Y dejaré que me envuelva en una chaqueta de plumas si no tengo que explicar la verdadera fuente de los escalofríos. La conciencia sexual. Una sensación extraña pero innegable.

Menos mal que me voy de aquí. Y me iré lejos, muy lejos.

Para no volver jamás. No tendré que volver a ver al sheriff, ¿y por qué de repente eso me parece peor que todo lo anterior? Como la peor tragedia de una historia triste.

"Vale, te creo", dice. "No estás borracha".

"Gracias".

"Pero no estás en condiciones de conducir. No puedo ignorar cómo conducías antes. Y lo que es más importante, me doy cuenta de que estás agotada sólo con mirarte. Es un peligro para la gente de aquí. Y es un peligro para ti".

La sangre se me sube a la cara, porque ¿qué sabe él del peligro para mí? ¿Qué sabe él de puños y cerraduras y de que me regalaron antes de que pudiera caminar?

Me gustaría poder enfadarme con él, pero tiene razón.

Es otra cosa la que hace que mis mejillas se calienten. La vergüenza.

Ky se merece algo mejor que esto, aunque yo no sepa cómo dárselo. Agotada. Así es como me llamó el sheriff. No sólo por conducir durante horas, sino por correr esta noche. Estoy profundamente cansada. Cansado hasta el alma.

"Lo entiendo". Trago con fuerza, más desinflada por este momento que por años de dolor e impotencia. Este momento parece ser más profundo que todos ellos, estando frente a este hombre que está tan por encima de

mí. "Dormiré en mi coche hasta que amanezca y luego nos iremos".

"Me temo que tampoco puedo dejarte hacer eso". El acento se encogió bajo el tono serio, casi arrepentido.

Esa vieja ansiedad resurge: la desconfianza hacia cualquiera que tenga una placa, hacia cualquiera que tenga una polla. "¿Por qué no? Así no pondría en peligro a nadie".

"Bueno, no hay manera de que pueda confiar en que te quedes aquí a menos que yo también me quede aquí fuera toda la noche, lo que preferiría no hacer. Luego está el hecho de que dejarte aquí fuera e indefensa no sería seguro para ti".

"¿Tienes alguna idea, entonces? Porque yo estoy sin ninguna".

"¿Hay alguien que pueda venir a recogerlos?"

CAPÍTULO 5

JESSICA

Al oír esto, todos los invitados se estremecieron y muchos de ellos se pusieron a llorar. El rey y la reina fueron los que más lloraron. Porque una maldición así no podía romperse.

Mi mente, que sufre de falta de sueño, le da vueltas a la pregunta como si fuera completamente nueva. Como si nunca antes me hubiera preguntado si alguien podría ayudarme. Primero mi madre me había fallado. Luego mi padre. Dios, todas las personas que miraron hacia otro lado en la acera cuando una adolescente se arrimó a un hombre lo suficientemente mayor como para ser su padre me habían fallado.

Esa era la forma en que la vieja Jessica veía el mundo.

Entonces la ventanita del test de embarazo dio positivo y todo cambió. Este era mi nuevo comienzo. Ky tendría una verdadera oportunidad en la vida. Y aprendí a mirar el lado bueno.

Como el hecho de que puedo cuidar de mí misma y de él. Por lo general.

La soledad sube como el ácido. "No".

Los grillos nos dan una serenata en la pausa que sigue. El sheriff no parece que se le ocurra una idea. Parece que está tratando de convencerse a sí mismo de una.

Finalmente dice: "Puedes dormir en la comisaría".

Me quedo con la boca abierta. "¿Me estás poniendo bajo arresto?"

"En absoluto", dice con suavidad.

"¿Podría dormir en una celda?"

Tras una pausa, "Sí".

"Así que déjame entender esto. Quieres llevarme, en tu coche de policía, a la comisaría, donde pasaré la noche en la cárcel. ¿En qué se diferencia esto de ser arrestado?"

Ladea la cabeza. "¿Menos papeleo?" Ante mi pequeño ruido de protesta, parece disculparse. Pero implacable. "El catre es muy cómodo, me han dicho".

"Oh, genial, pues si el catre es cómodo..."

"Lo hacemos todo el tiempo cuando alguien se pasa de copas en el bar de la ciudad. No pueden conducir a casa así que duermen la borrachera".

No puedo creer lo equivocada que había estado, no sólo hace quince minutos. Inmediatamente equivocada. ¿Pensé que las cosas no podían empeorar? Voy a ir a la cárcel. Mi optimismo estaba bien desinflado, pinchado por un guapo sheriff y un camino rural que dura una eternidad.

"¿Y qué pasa con Ky? ¿Va a estar bajo arresto? Tiene seis meses".

"No estará bajo arresto". Los ojos marrones del sheriff se suavizan. "¿Se llama Ky? ¿Significa algo?"

Su interés hace que mi corazón se hinche de orgullo, un instinto maternal que supera la autopreservación. "No es el diminutivo de nada. Sólo Ky. Quería honrar a mi madre, Makenna".

Honrar a la mujer que podría haber sido si no la hubieran reducido a la mera sombra de una mujer cuando yo nací. Así es como nos mantuvieron dóciles, generación tras generación de niñas rotas antes de ser siquiera mujeres.

El sheriff da un paso hacia mi coche, mirando a Ky a través de la ventana trasera. "Es un chico guapo. Seguro que ella está orgullosa".

A veces es un alivio que haya muerto antes de que me llevaran de regalo, con catorce años y llorando como un niño. ¿Qué pensaría ella de que yo fuera madre? ¿Qué pensaría de que yo corriera para mantener a Ky a salvo? ¿Estaría orgullosa? "Me gusta pensar que sí".

El reconocimiento aparece en su cara, la pena por una mujer que no conocía. "Lo siento".

Consigo una sonrisa dolorosa, las lágrimas pinchan mis ojos. Al menos está lo suficientemente oscuro como para que no pueda ver mi labio inferior temblando, mi respiración entrando y saliendo de mi pecho.

"No voy a arrestar a nadie", dice suavemente. "Sólo es un lugar seguro para que descanses".

Algo encaja en mi interior, como si hubiera estado esperando esta oferta toda mi vida. Una triste cárcel en un pueblo rural no debería ser la idea de paraíso de nadie, pero he tenido miedo durante mucho tiempo. Un lugar seguro para descansar suena como el cielo.

"De acuerdo", susurro.

"¿Por qué no buscas lo que necesitas en tus maletas? Puedo mover la sillita del coche".

Saco la bolsa del bebé del asiento trasero y me hago a un lado para que él pueda desenganchar la sillita. Lo hace con una eficacia silenciosa que me hace enarcar las cejas.

"Tengo tres sobrinas", dice al ver mi cara.

Y maneja la sillita como un profesional, levantando el pesado peso con facilidad, usando su mano libre para mantener la base estable mientras rodea mi coche hacia el suyo. Lo veo inclinarse en el asiento trasero de su coche

patrulla, encajando el asiento en su sitio y midiendo las bandas para que quede bien ajustado.

La tela beige de su pantalón de uniforme se tensa sobre el culo y los muslos, revelando fuerza y delgadez en un solo paquete. La conmoción surge en mi interior, rápida como una inundación. Lo estoy observando. Eso es lo que estoy haciendo ahora mismo: observar al hombre que no me está deteniendo.

No recuerdo la última vez que observé a alguien.

No recuerdo haber observado a alguien.

Mi sexualidad me fue robada hace mucho tiempo. Antes de ser madre. Antes de que me convirtiera en mujer. Los hombres siempre fueron cosas que había que temer. Monstruos que a veces tenían bonitas sonrisas, lo que sólo los hacía más temibles.

Y en medio de la nada había encontrado algo distinto al miedo.

Encontré el deseo.

CAPÍTULO 6

JESSICA

La joven hada sabia salió de detrás de la cortina y dijo: "Tu hija no morirá. No puedo deshacer lo que ha hecho mi hermana mayor; la princesa se pinchará el dedo con la aguja, pero no morirá. Caerá en un sueño que durará cien años. Al final de ese tiempo, un príncipe la encontrará y la despertará".

Finn. Ese es su nombre.

Se aparta de la puerta y me hace un gesto para que entre. Querría sentarme al lado de Ky pase lo que pase, así que no debería sentirme como si estuviera arrestada. Probablemente me esposarían si eso ocurriera. Pero no puedo entrar del todo. La mampara de cristal y las puertas sin picaporte podrían ser la gota que colmara el vaso de mi estado emocional.

Estaría atrapado dentro, sin poder salir hasta que él me dejara salir.

"Espera", digo, con la garganta llena de miedo. No tiene mucho que ver con él. Tiene que ver conmigo, y con todas las formas en que he estado atrapada antes. "¿Y si no eres un policía en absoluto? ¿Y si eres un asesino en serie y esto es una especie de artilugio de la muerte que estás usando para atraerme?"

Sigo su mirada al interior del coche de policía, donde la condensación abraza un gran vaso de espuma de poliestireno y una serie de equipos ruidosos se agolpan como percebes en el salpicadero. Si esto es un secuestro, es uno bastante elaborado. Y si planeaba matarme, podría

haberlo hecho en esta carretera desierta sin que nadie viera nada.

Así que me siento un poco tonta, mientras la descarada acusación queda en el aire entre nosotros, hasta que veo su cara. Por primera vez, su expresión reservada se agrieta. Me deleito con la aprobación que brilla allí, como si viera el sol por primera vez. Nadie más me ha protegido.

Nadie más quería que estuviera a salvo.

Señala con la cabeza la bolsa de bebé que lleva colgada del hombro. "¿Tienes un teléfono móvil? Llama al 911 y ellos confirmarán mi identidad".

"911? Eso parece un poco... excesivo". Por no mencionar que es una buena manera de alertar a Stefano sobre nuestra ubicación. Esa llamada sería definitivamente grabada.

"Su seguridad califica como una emergencia, señorita Beck", dijo, y creo que es un oficial de la ley con seguridad. Tiene la voz, algo ruda y condescendiente al mismo tiempo.

Me hace pensar que utiliza ese tono en el dormitorio, si alguna vez da lecciones sobre los peligros de la insatisfacción sexual. Su necesidad de llegar al clímax califica como una emergencia, Srta. Beck.

Y sí califica como una emergencia. Repentinamente. De forma impactante.

¿Cómo puedo haber dado a luz sin tener un orgasmo?

No dudo de él en este momento, pero ya he empezado esto. Me mira expectante, así que hago ademán de sacar mi teléfono. "Dame el número de tu comisaría", le digo.

Sus cejas se levantan, pero me lo da con esa voz baja y autoritaria.

Pulso cada número con cuidado mientras él lo dice, sintiendo algo en el estómago que no tiene nada que ver con el miedo o el dolor. Algo relacionado con que él me dé órdenes y yo las siga. Algo primario.

Mi dedo índice se posa sobre el botón de envío.

Sus ojos se entrecierran, un desafío y una orden a la vez. Es un juego de gallinas entre sus párpados y mi dedo: cuál de los dos cederá primero.

Bueno, él se lo ha buscado. Pulso el botón y espero a que suene.

"Policía de Provence. Habla Bridget".

"Hola... Bridget. Esto puede parecer una tontería, pero por casualidad sabes si el sheriff..."

Y aquí me doy cuenta de que ni siquiera sé cómo se llama. Estuve a punto de entrar en el coche con él, sin saber su nombre. Me fijé en su trasero, sin saber su nombre.

"Locke. Sheriff Finnegan Locke", dice, e inexplicablemente el sonido de su nombre, pronunciado con un acento ronco hace que se me derritan las entrañas. Suena como un hombre en pleno acto sexual, un hombre a punto de alcanzar el clímax, y, oh, Dios, ¿por qué estoy imaginando el aspecto de su rostro, todo tenso y dolorido, detenido en la más dulce agonía?

Nunca pensé que un hombre se viera sexy de esa manera, en celo, sudando y gruñendo. Sólo he visto a Stefano de esa manera, pero es algo que no quiero volver a ver.

Sería diferente con Finn. Lo sé con la misma seguridad que sé que no me hará daño.

"Sí, es el sheriff Finnegan Locke. ¿Puedes confirmar que está de patrulla?"

Un resoplido sobre la línea. "¿Finnegan? Sí, está por aquí en alguna parte. Causando problemas, supongo". Y entonces, de forma bastante chocante, grita por el teléfono. "Finn, hijo de puta. ¿Por qué estás molestando a esta buena chica?"

Alejo el teléfono de su oído, haciendo una pequeña mueca.

Luego lo vuelvo a acercar con cautela. "Um", digo, "no estoy segura de que te haya oído".

Los ojos de Finn bailan de risa, lo que significa que sabe que mi oído está zumbando y por qué. Me gusta más así, con sus ojos marrones brillantes por la risa. Le suaviza toda la cara, le hace parecer aún más guapo, cosa que no necesito pensar en absoluto.

"Bueno, dile a ese hombre que traiga su culo aquí", dice Bridget. "Su hamburguesa fue entregada hace dos horas. No hay nada más asqueroso que unas patatas fritas frías. Díselo de mi parte, ¿quieres?"

Cierro los ojos, intentando aguantar la risa. Y ese es el mayor logro de todos, que pueda encontrar algo divertido en esta noche. "Bridget dice que la cena está esperando".

Finn se encoge de hombros, moviendo los labios. "Me he comido una barrita de proteínas por el camino. Además, las patatas fritas probablemente estén frías".

"Bien", digo al teléfono. "Gracias por tu ayuda".

"No dejes que te dé problemas. Es un buen hombre, pero ya sabes, desde el accidente, tiene un palo tan metido..."

"Genial, gracias, adiós". Las palabras salen apresuradas mientras termino la llamada. Recorro con la mirada su cuerpo, como si comprobara si hay heridas. "¿Has tenido un accidente?"

Una sombra pasa por su rostro, borrando cualquier rastro de suavidad. "No".

Mensaje recibido. No hablaremos de su pasado.

¿Ese acuerdo se extiende a mi pasado?

Le concedo un regio asentimiento. "De acuerdo, sheriff. Llévame a la cárcel".

CAPÍTULO 7

FINN

Y así, la maldición se hizo realidad, dejando a la princesa durmiendo durante cien años, con su ataúd hecho de cristal, una gruesa madera con espinas creciendo alrededor del castillo.

Me paso la mano por la cara, esperando despertarme.

Son sólo treinta minutos de viaje hasta la estación, pero al llegar al final de un turno de diez horas, parece más largo. O tal vez sean las vibraciones de sueño de la mujer que está detrás de mí.

Cuando nos alejamos un kilómetro y medio de su coche, se apagó como una luz, dormitando tan tranquilamente como su bebé. Me alegro de haberla sorprendido antes de que hubiera envuelto ese pequeño coche roto alrededor del tronco de un árbol.

Algo en su sueño parece llamarme, haciéndome querer envolverla, usar mi cuerpo como escudo. Protegerla, un instinto más fuerte y primario que el que sentía por la gente corriente.

El coche se desliza a través de la noche negra y oscura.

Este es mi momento favorito para patrullar, cuando todo el mundo está a salvo en sus casas, cuando no tengo que llevar una sonrisa falsa para que nadie se preocupe de que vaya a desmoronarme de nuevo.

Un destello de ese viejo pánico me golpeó cuando vi las luces traseras que se desviaban en la distancia. Retrocedí en el tiempo hasta el momento en que vi que un

coche se dirigía hacia mí en lugar de alejarse. Entonces no era un policía. Sólo era un tipo que salía de noche por la ciudad, con una mujer en el asiento del copiloto, sin tener ni puta idea de lo que iba a pasar después.

Un chirrido de neumáticos y un horrible crujido de metal es todo lo que recuerdo después de eso.

Por supuesto, Jessica no era una conductora borracha. Sólo una con sueño.

Una asustada también.

Reconocí esa mirada perdida, como si no supiera a dónde ir, como si pensara que no quedaba ningún lugar, porque yo me sentí así después del accidente. Todavía me sentía así, a veces, pero seguía esforzándome, seguía fingiendo, porque no sabía hacer otra cosa.

Y luego está el niño pequeño, el que llevaba unos adorables calcetines para los pies y una nueva sillita para el coche, totalmente abastecida de artículos para bebés, incluso mientras la madre llevaba unos vaqueros desteñidos y sombras bajo los ojos.

Jessica se deslizó de lado en el asiento trasero, apoyándose en la sillita como si protegiera al niño incluso mientras dormía. ¿De quién huyen? Del padre, probablemente. La idea me calentó la sangre.

Su cabeza se inclinó hacia un lado, ofreciéndome un destello de su rostro iluminado por la luz de la luna en el espejo retrovisor. Unas cejas oscuras que esconden unos ojos azul marino. Labios llenos y rosados que piden ser besados. Hoy en día evito el contacto humano, especialmente el femenino. Pero hay algo en esta noche, tan larga, tan aislante. Tan aleatoria como esa mujer, hace años, fallecida en esta carretera, y esta otra segura y viva, y reconfortante cuando me creía más allá de la comodidad.

Me meto en el aparcamiento de detrás de la comisaría, aliviado al ver que la camioneta de Bridget, manchada de suciedad, sigue aquí. Su turno termina cuando lo hace el mío, pero suele esperar a que yo regrese antes de marcharse. Es su forma de cuidar de mí; todo el pueblo lo hacía, como si la depresión que me mantuvo cautivo tras el accidente siguiera persiguiéndome y fuera a alcanzarme algún día. Y tal vez tenían razón.

Rodeo el coche y abro la puerta. Ignorando decididamente la suave piel de su brazo o el silbido que hace, trato de apartar la sillita del asiento del coche. La desengancho y la saco del coche, junto con la bolsa del bebé.

Bridget se reúne conmigo en la entrada trasera de la estación, con ojos preocupados. "Mira a la pobrecita. No ha dicho que llevaba un bebé".

"No creo que quiera que la encuentren", digo, manteniendo la voz baja.

La tristeza parpadea en el rostro de Bridget. "Sabes que mis labios están sellados. No tenemos que presentar un informe oficial. Dame a ese niño. Voy a ver si tiene el pañal mojado".

Bridget crió a tres hombres adultos, así que confío en ella para cuidar al niño. Y también sobrevivió a un verdadero gilipollas de marido hasta que fue demasiado lejos. Golpeada y ensangrentada, tomó su rifle de caza y le disparó. En defensa propia, por supuesto.

Vuelvo al coche patrulla para encontrar a Jessica todavía dormida. Dios, debe estar agotada.

Probablemente Bridget también cuidaría bien de ella, pero Jessica se queda conmigo. Llevo la mano al interior, le desabrocho el cinturón de seguridad y levanto con cuidado su ligero peso del coche. Cerrando la puerta con el pie, me dirijo al interior, sin pensar en por qué dudé en

despertarla, sin pensar en lo bien que me sentí al tener a una mujer en mis brazos después de tanto tiempo solo.

Llevo a Jessica a través de la estación y a la celda individual. La acuesto en el catre, manteniendo los ojos desviados, como si incluso una mujer vestida en una cama fuera un cuadro sexual.

Con ella lo es.

Es una mujer hermosa, impresionante a pesar de su cansancio. Su desorden y sus ojos ensombrecidos le dan un aspecto trágico, que despierta algo en mi interior, haciéndome desear encontrar un caballo blanco para poder cabalgar y salvarla. Es una maldita ironía.

Hace tiempo que me di cuenta de que no puedo salvar a nadie.

CAPÍTULO 8

FINN

En cien años se producen muchos cambios. La historia de la princesa dormida estaba casi olvidada. Y entonces un día un príncipe llegó al castillo.

En mi despacho me reclino en la silla y me paso una mano por la cara. Necesito una noche de sueño decente. Posiblemente dentro de un congelador para que mi cuerpo vuelva a estar fresco y no alterado. Y definitivamente no debería volver a entrar en esa celda.

Bridget aparece en la puerta, con los brazos cruzados. "¿Dónde has encontrado a esos dos?"

"En la carretera", le digo sin más. "Durmiéndose al volante. ¿Dónde está el bebé?"

Me mira con ojos mesurados, pero no puedo ofenderme: cualquier debilidad que vea en mí es real. "Le cambié el pañal, le di un biberón que ya estaba preparado y listo. Luego lo volví a meter en el asiento del coche, donde enseguida se quedó dormido. Lo puse junto a su cama".

Intento actuar de forma desinteresada, casual, como si pidiera favores todo el tiempo en lugar de nunca. "¿Pueden pasar la noche aquí esta noche? Me imagino que dormirán sin problemas. Volveré y la llevaré a su coche por la mañana".

Una mirada a su expresión me dice que estoy jodido. "Soy demasiado mayor para una fiesta de pijamas. Y tú eres demasiado mayor para huir de una chica guapa".

"Ella no confía en los hombres".

Su ceja se levanta. "¿Alguna razón en particular para eso?"

"Probablemente más de una. Tiene un tatuaje de corazón y aguja en el dedo. Está afiliada a Luskis. Más bien de su propiedad, teniendo en cuenta cómo tratan a las mujeres".

Bridget exhala un suspiro. "No parecía tener tanto miedo de ti cuando te llamó. Cuando se metió en la parte trasera de tu coche y dejó que la trajeras aquí".

"No le di mucha opción".

"Bueno, estos viejos huesos no necesitan dormir en un catre".

Intento otra táctica, perturbado por la idea de dormir bajo el mismo techo que Jessica. "Normalmente los internos que recibimos del pub son hombres. Sería mejor que una mujer se quedara con ella".

"¿Qué vas a hacer, tener sexo con ella?"

Oh bien, mi continuo celibato es una broma real ahora. A mí también me hace gracia, de una manera que me dan ganas de reírme y luego de estamparme la cabeza contra la pared repetidamente.

Levanto una ceja que espero sea apropiadamente severa. "¿Has terminado?"

Sonríe. "He terminado y me voy a casa. Puedes vigilarla. Es como le dije a Henry. Traes el cachorro a casa, y limpias la orina del suelo".

"Creo que está entrenada para ir al baño. Estoy casi seguro de eso".

"Bueno, lo vas a averiguar, porque me voy. No te olvides de cerrar detrás de mí".

Con un suspiro de resignación, la sigo hasta la puerta trasera y le hago un gesto para que se vaya.

Trabaja lo suficiente como para que no le insista, aunque técnicamente sea el jefe. Y no creo que necesite el dinero. Es algo que hace para salir de casa. Hay malos recuerdos allí, pero ella se niega a irse. Dice que hay demasiados buenos.

¿Es eso lo que Jessica siente por Ky? Puede que huya de los Luskis, pero parece que cuida increíblemente a ese niño. Ella habría seguido hasta que estuvieran en el otro lado del mundo, pero el cuerpo no puede durar tanto como la voluntad.

Me encuentro comprobando cómo están, el bebé dormido en su sillita, Jessica acurrucada en la misma posición en la que la dejé. La suave tela de su camiseta de tirantes se ha movido ligeramente, dejando ver una fina franja de piel pálida por encima de los vaqueros. Lleva sandalias, que probablemente no sean las más cómodas para dormir. Debería quitárselas. Debería meterla bajo la manta.

Pero eso requeriría tocarla, aunque sea brevemente.

Y eso no es una buena idea.

Así que subo la calefacción unos grados y vuelvo a la oficina.

Como señaló Bridget, no tengo sexo. Ni siquiera si una mujer se me insinúa, lo que ocurre más de lo que debería para un hombre que evita la compañía. Mi mala reputación es una especie de atracción, no importa lo que diga mi placa ahora. Así es como reconocí la marca Luskis, no por mi experiencia como sheriff. Antes había habido drogas, mujeres y armas. Rompí la ley, sin miedo al peligro que pudiera suponer.

Al final no fueron mis negocios los que habían arruinado todo. Sólo un conductor borracho al azar. Después de eso no encontré ninguna alegría en la vida, ni en el sexo ni en las drogas. Me limpié, me convertí en

policía y luego en sheriff. A las mujeres les gustaba ese tipo de cosas, el chico malo que había cambiado sus costumbres, como si pudieran ser parte de mi reforma.

O tal vez volverme malo de nuevo, como si mi ciega adhesión a la placa fuera una cárcel de hielo, como si pudieran liberarme con un cuerpo caliente. Pero el hielo no está a mi alrededor, está debajo de mí, sosteniéndome, y si se agrieta, no habrá nada que hacer más que volver a caer en las aguas mordaces que me reclamaron una vez.

Aunque Jessica es hermosa y tentadora, la evitaré.

Pronto, muy temprano, se alejará de esta ciudad, de mí. No mañana por la mañana, como ella cree. Envío un par de preguntas a mis antiguos contactos en Tanglewood para averiguar quién demonios la persigue y dónde encontrarlo. Si eso significa luchar contra el submundo criminal del que una vez formé parte, eso es lo que haré.

Voy a protegerla, pero luego se irá.

Hay una punzada de arrepentimiento dentro de mí, de preguntarme qué podría haber sido, pero es lo mejor. Volveré a mi existencia solitaria, y ella encontrará algún lugar nuevo.

Un lugar donde no tenga que tener miedo.

En la celda contigua a la suya, me quito la camisa del uniforme y el cinturón. Con sólo los pantalones y la camiseta sin mangas, miro el catre con desagrado. Exactamente igual que el de su celda, tiene un fino cojín sobre listones de metal. Peor aún, es delgado y corto, así que, aunque Jessica encaja perfectamente, mis pies caen del extremo y mi hombro se apoya en el frío borde del armazón.

Cierro los ojos, intentando dormir, pero todo lo que puedo ver son los labios de Jessica, llenos y tentadores. Se separaron cuando se quedó dormida en la parte trasera de

del coche patrulla. Aparte de las muchas cosas que quiero hacer con esa boca, el rosa me intriga. ¿Qué otras partes de ella comparten ese color?

Y ahora estoy duro. Genial.

CAPÍTULO 9

JESSICA

El joven príncipe comenzó a abrirse paso a través del espeso bosque. Las rígidas ramas cedieron ante él y luego se cerraron de nuevo, sin permitir que nadie más entrara en el castillo.

Me despierto desorientada.

La oscuridad es total, sin siquiera el brillo rojo de un despertador o las estrellas azules de la luz de la tortuga de Ky. Me duele la espalda y el cuello. Tengo los ojos hinchados como si hubiera estado llorando. Mis párpados están pesados, amenazando con arrastrarme de nuevo al sueño.

Pero algo me ha despertado y necesito saber qué.

¿Está Ky despierto? No lo oigo llorar.

Moviéndome ligeramente, mis manos tantean a lo largo de una sábana áspera hasta llegar a un borde metálico afilado. Entonces vuelvo a pensar en ello. Volviendo a casa del trabajo en la cafetería, recogiendo a Ky de su niñera. Luego escuchando los golpes en la puerta.

Stefano había estado borracho y enojado. Lo que es habitual en él.

Sostuve el cuerpo de Ky contra mi pecho, acurrucada en el armario, rezando para que se fuera. Y entonces lo hizo, pero era demasiado tarde. Sabía que no estaríamos a salvo allí. Tanto si me quería en su cama de nuevo como si estaba interesado en criar a Ky para que fuera como él, teníamos que irnos.

En cuanto Stefano se fue, metí lo que pude en el maletero y me fui.

La sillita del coche está al lado de la cama, Ky patatea mientras duerme, con el ceño fruncido. Le pongo la mano en la frente y se alisa bajo mis dedos.

Me obligo a salir de la cama, me arrodillo frente a Ky y compruebo su pañal. No está demasiado mojado, pero no me gusta dejarlo así porque le sale un sarpullido. Así que extendiendo la manta de algodón sobre el catre y saco al bebé dormido de su asiento.

Se despierta brevemente mientras lo cambio, con los ojos nublados por el sueño. Su pequeña mano me sujeta un mechón de pelo y tira de él hasta que le separo los dedos con suavidad.

"No tires", susurro con una pequeña sonrisa.

Me mira desconcertado, como si tratara de entender.

"Te quiero", le digo.

Me dedica una sonrisa desdentada.

Mi corazón da un vuelco. Me inclino y presiono mis labios sobre su suave frente. Cuando me retiro, sus ojos se cierran. Antes de que le abroche el nuevo pañal, ya está profundamente dormido.

Podría llevarlo al catre conmigo, pero el asiento acolchado del coche es probablemente más cómodo. Y definitivamente más seguro, una vez que lo abrocho.

Un sonido sordo atraviesa la pared.

Debe haber sido lo que me ha despertado. Vuelve a sonar, junto con un aumento de los latidos de mi corazón, ese reconocimiento universal de la angustia, del peligro, la atracción intrínseca de calmar que ni siquiera sabía que tenía antes de ser madre.

Vuelvo a mirar a Ky, insegura. ¿Debo dejarlo?

Duerme plácidamente, con esa expresión completamente perdida, como si estuviera lejos, en un mundo de sueños de bebé con leche y arco iris ilimitados. Levanto la pesada silla por el asa.

La puerta enrejada de mi celda está abierta, sólo ligeramente, como un padre podría hacer por un niño, en caso de que llame en sueños o se asuste. Pero ni yo ni Ky gritamos pidiendo ayuda.

Me deslizo por el pasillo, un poco insegura, siguiendo los inquietos sonidos hasta la celda de al lado. La puerta enrejada también está entreabierta y lo tomo como un permiso para entrar. Sólo quiero comprobar cómo está... quienquiera que sea, aunque ya sabía que era Finn.

El sheriff Finnegan Locke, despatarrado en un catre, murmura en sueños.

La mayoría de la gente parece tranquila mientras duerme, más relajada que cuando está despierta. Él es todo lo contrario. Antes llevaba una media sonrisa permanente, como si el mundo entero le divirtiera, cuando no podía tomarse la molestia de preocuparse.

Ahora tiene la frente fruncida y un sonido grave de angustia que sale de lo más profundo de su garganta. El contraste me sobresalta, distrayéndome lo suficiente como para estar ya junto a su cama, colocando la sillita en el suelo, haciendo que Finn vuelva a la calma antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo.

Siento su piel húmeda bajo mis dedos, su pelo mojado de sudor. Su voz suena cruda, y me pregunto cuánto tiempo lleva llorando, cuántas veces lo hace por la noche. Se calma bajo mi toque tranquilizador, sus movimientos se ralentizan y su cara se suaviza.

No quiero que vuelvan las pesadillas, así que sigo recorriendo con mis dedos su frente, su sien, incluso el filo de su mandíbula. Trago saliva y me doy cuenta de que

disfruto tocándolo, reconfortándolo. No me considero una persona excesivamente cariñosa. Quiero a Ky, pero hasta ahí llega mi lado maternal. Por otra parte, lo que siento por Finn no es maternal. Es algo más, algo igual de profundo e infinitamente más aterrador.

Los párpados se me caen de sueño y me obligo a alejarme de él.

Habría recogido la sillita del coche, habría salido de la habitación, pero mi mirada se posa en una manta de fieltro gris. Se la pongo por encima y el viento de la tela le despeina un mechón de pelo oscuro en la frente.

Se revuelve y parpadea con esos ojos marrones tan expresivos. "¿Jessica?"

Es la primera vez que pronuncia mi nombre, y con ese ronco y espeso acento del sueño, puede que sea lo más sexy que haya oído nunca. Sintiendo como si me hubieran pillado, susurro: "Hola".

Sus ojos se agudizan, volviendo a estar alerta. "¿Estás bien? Está Ky..."

"Shh, no. Los dos estamos bien. Sólo he oído algo".

Mira al bebé dormido, su expresión se relaja un poco. "¿Te he despertado?"

"No pasa nada. No es gran cosa".

"Mierda". Apoyado en un codo, se pasa una mano por la cara. "Lo siento."

"Sólo oí que te movías por aquí y quise ver si estabas bien".

"Sí. Por supuesto", dice distraídamente, como si supiera que es algo más que moverse. Es él quien ha tenido que vivir su pesadilla. "¿Y tú? ¿Necesitas algo? ¿Un trago de agua?"

Niego con la cabeza, aunque sí necesito algo. Qué rápido ha pasado de su necesidad a la mía. Parece tan arraigado en él, un hábito ya. Tal vez venga de su trabajo de servir a la gente, tal vez de algo más. Tal vez del accidente, sea lo que sea que signifique.

Tengo muchas necesidades, la necesidad de hablar con alguien sobre Stefano, la necesidad de alejarme de él de una vez por todas, la necesidad de asegurarme de que Ky esté a salvo es una necesidad poderosa. Y surgiendo de algún lugar profundo, una necesidad de conectar con otro adulto, algo más que servir a alguien un café en la cafetería o compartir una bonita historia sobre Ky con una de las otras camareras. Una necesidad de estar con otra persona, un hombre, una necesidad de ser una mujer.

No es algo que haya necesitado antes, pero es muy real en este momento.

Necesito tocar y ser tocada, saber que mi valor no se ha ido por el desagüe junto al resto de mi triste vida en Tanglewood. Pero no puedo molestarlo con eso. Es mi carcelero y mi cuidador, no mi amante. No necesita que lo molesten con esto, conmigo.

Me atrapa la muñeca cuando me muevo para salir, tan rápido que sólo puedo jadear.

"Quédate", murmura.

CAPÍTULO 10

JESSICA

El príncipe llegó a una habitación de oro, donde vio en una cama la imagen más bella que jamás se haya visto: una joven princesa que parecía recién dormida.

Esta era la parte en la que debía irme. Donde debería decirle a este hombre, que claramente es bueno hasta los huesos, que soy una mala noticia. Donde ignoro todo lo que no sea sobrevivir, porque es la única manera en que he sobrevivido tanto tiempo. En cambio, me pide que me quede, y lo hago.

Si Stefano me encontrara aquí, si Finn se enfrentara a él...

Independientemente de lo que quiera o desee, lo único que puedo hacer es huir. Lo único en lo que puedo confiar es en el aislamiento. Pero, ¿qué sucede cuando las personas están juntas, realmente juntas, cuando se vuelven íntimas de una manera que va más allá de que los cuerpos se lastimen? Nunca lo supe, aunque debería, y como una densa niebla, me mantuvo alejada.

Pero embriagada de insomnio y de una sensación de asombro, veo las cosas con claridad. Si me equivoco, si hago el ridículo con él, estaría bien. Él haría que estuviera bien.

Así que no hay manera de que pueda ignorar su cruda petición de mi compañía o el temblor en mi propio cuerpo que susurra: sí, yo también quiero eso, quédate conmigo. De ninguna manera puedo irme ahora, no hasta la mañana.

"Me quedaré", digo en voz baja.

Él maldice en voz baja. "No, deberías irte. Ahora mismo estoy medio dormido y mi autocontrol no es el que debería ser. Estoy a dos segundos de actuar de forma inapropiada. Quiero decir, realmente inapropiada".

Mi nariz se frunce. Normalmente eso bastaría para echarme a correr, pero la verdad es que ahora mismo no me importaría tener un comportamiento inapropiado.

Ser deseada se siente mucho mejor que tener miedo.

Exhala un suspiro, sentándose en el catre. "Y creo que, sobre todo, al Ayuntamiento le molestarían mucho los pensamientos sucios que el sheriff tiene ahora mismo sobre su prisionero. Sí, no lo apreciarían en absoluto".

"Pensé que habías dicho que no estaba bajo arresto".

"Por la presente te pongo bajo arresto. Tienes derecho a permanecer en silencio. Ahora vuelve a la cama".

En lugar de escuchar me siento en el catre a su lado. "Este es exactamente mi problema, siempre. Eres como cualquier otro tipo. Me pides una cita y luego simplemente... me arrestas".

Sus labios se torcieron. "Te pasa a menudo, ¿verdad?"

Todo el tiempo. Todo el tiempo me queda la oscura vergüenza de no ser lo suficientemente buena, de ser la chica con un hombre golpeando la puerta de su apartamento, borracho y enfadado, en lugar de un hombre que la amaba. Trago con fuerza, apartando la vista para que no pueda ver mis lágrimas.

"Hola". Esta vez, cuando me agarra la muñeca, es ligero, tentativo, apenas un toque. "Lo siento. Soy un gilipollas, de verdad. Si te sirve de consuelo, sé que lo soy".

"¿Por qué me consolaría eso?"

"No necesitamos hablar de mí. Hablemos de ti. Puedes contarme por qué saliste como un murciélago de

Tanglewood. Será mejor que no dormir en estos malditos catres, especialmente cuando la noche es tan..."

La noche era tan... Sé exactamente a lo que se refiere, y estar sentada en un catre duro en una celda solitaria y sola es demasiado deprimente. Sentarse en un duro catre al lado de un imbécil confeso es marginalmente mejor. Aunque sea un policía.

Me acomodé, conectada a él sólo por la manta de fieltro que compartían.

"Es un policía", digo, aunque esa breve frase no puede expresarlo todo.

De todos modos, parece entenderlo, su cuerpo se pone rígido a mi lado. "Jesús".

"Un policía corrupto. Estoy segura de que te ha sorprendido eso. Estoy segura de que pensaste que un hombre que me asustó tanto como para salir volando de la ciudad como un murciélago del infierno es sólo un buen agente de la ley". Quise sonar relajada, pero mi voz se agudizó al final y se rompió.

"Eso es terrible", dice, con la voz baja.

"Estábamos juntos. Vivía con él. No era exactamente..." Consensuado. "Pero simplemente no podía ver una salida. Y entonces se me fue la regla. Y otro mes más".

Lo miro, pero él ya sabe por dónde va. La prueba de ello está a metro y medio, durmiendo a pierna suelta. Respiro profundamente. "Stefano no quería tener nada que ver con un bebé. Pensé que haría algo drástico. Golpearme hasta que perdiera al bebé. Quizás drogarme y llevarme a una clínica. Al final me echó. Fue un... Dios, fue un gran alivio".

La furia relampaguea en esos ojos marrones, tan diferentes de la forma suave en que me miraba hace unos

minutos, diferentes incluso de la cuidadosa despreocupación en el camino. "¿Qué hiciste?"

"No tenía dinero, pero me quedaban algunos amigos del colegio. Gente que entendía por qué no podía mantener el contacto, por qué tuve que dejar todo..."

"Espera. ¿Cuántos años tenías cuando ese cabrón de Stefano te llevó?"

La palabra "cabrón" me sorprende, pero no tanto como la frase "te llevó". Hay otras formas en las que podría haberlo dicho, formas en las que otras personas lo habrían dicho. ¿Qué edad tenía yo cuando empezamos a salir? ¿Qué edad tenía yo cuando me mudé con él?

Finn parece entender el subtexto, pero entonces, él reconoció el tatuaje.

Eso es exactamente lo que pasó. Fui un regalo de mi padre. Tomado por Stefano.

"Catorce".

Finn aspira un poco de aire. "Jessica, ¿cuántos años tienes ahora?"

"Ahora tengo dieciocho años, ¿ok? Así que no te preocupes".

"No te preocupes. Quieres que no me preocupe por ti, cuando estás admitiendo que básicamente fuiste traficada cuando eras una niña, que fuiste abusada y maltratada y-"

"Para, por favor", digo, haciendo una mueca de dolor ante esas palabras. Caen como piedras en mi piel. "No estoy excusando lo que pasó. No digo que estuviera bien, sólo que sobreviví".

"Sí", dice, la admisión viene con gravedad. "Lo hiciste".

"Y quiero seguir así".

"Voy a ayudarte, Jessica".

"No lo entiendes. Stefano, la gente que conoce, es peligrosa".

Hace un pequeño sonido. "¿Sabes lo que hice antes de convertirme en policía?"

"¿Eras un boy scout?"

"Me dedicaba a la venta de drogas. De vez en cuando ayudaba a manejar armas".

Se me enfrían las entrañas. Me alejo de él en el fino colchón. "Eres un policía corrupto".

"No, hermosa. Eso era antes. Antes del accidente".

Poco a poco siento que me relajo. "¿Qué pasó?"

"Estaba conduciendo por esta carretera, justo aquí. Traficando con armas para este imbécil que pagó mucho dinero para no hacer preguntas. Tenía una mujer en el coche conmigo. Sólo era..." Parece casi avergonzado. "Sólo sexo entre nosotros. Sólo dinero. La recogí en un bar de Tanglewood, decidido a pasar un buen rato".

Mi estómago se aprieta. El trabajo de Stefano resulta increíblemente peligroso, tanto que se convirtió en mi sueño. Que un día acabaría muerto. Que nunca volvería a casa.

"¿Alguien tomó las armas?"

Una risa sin humor. "No. Eso habría tenido sentido, al menos. En cambio, fue un conductor borracho. Nos golpeó por el costado. Por supuesto, no llevaba el cinturón de seguridad, así que salí volando por el parabrisas y aterricé en el pavimento".

"Oh, Dios mío."

"Eso terminó salvando mi vida. La mujer estaba atrapada dentro. Inconsciente, sólo puedo esperar. Porque

todas esas armas se incendiaron. Explotaron. Allí mismo, en la calle".

El dolor en su voz dibuja surcos en mi interior, una especie de recuerdo compartido que nunca olvidaré. No su miedo o sus heridas en ese momento, sino por la mujer.

"Lo siento".

"No lo sientas", dice bruscamente. "No me merezco nada".

"No era tu intención que la hirieran".

"Ni siquiera sabía su nombre".

Hay un hueco en mi pecho, ya sea por lo que esperaba que fuera este hombre o por su propia vergüenza. "Todavía lo siento", digo suavemente.

"Sí", dice él, con voz áspera. "Yo también lo siento".

"¿Y luego te convertiste en policía?"

"Me llevó un tiempo. Me desperté en un hospital a las afueras de la ciudad, con la policía haciendo muchas preguntas. Hubo un tiempo en el que parecía que no volvería a caminar, definitivamente no iba a correr mucho ni lo suficientemente rápido como para pasar el examen físico. Pero tenía que hacer algo con mi vida, algo útil, o no encontraría razón de vivirla".

La diferencia me llamó la atención, entonces. Cómo Stefano se había hecho policía para tener poder, para poder vivir por encima de la ley. Y cómo Finn se había convertido en policía por las razones opuestas.

"¿Por eso estás solo?" Pregunto.

No me refiero sólo a si tiene una relación. Hay un aire de soledad a su alrededor. Lo reconozco porque es el mismo que llevo yo.

Hace un sonido áspero. "Me gusta la gente, sin más. Sólo que no quiero acercarme demasiado".

"No sé cómo estar cerca", admito.

Se queda callado un momento, con aspecto pensativo. "Hacemos una dupla interesante, tú y yo".

"Pero estamos bien. Vamos a estar bien". Optimismo, me recuerdo a mí misma. Tendría suficiente para los dos. "No necesitamos acercarnos para disfrutar de la compañía del otro".

"¿No lo necesitamos?" Sonaba escéptico, pero también ligeramente interesado.

"Tampoco hay sexo", añado rápidamente.

Me dedica esa débil sonrisa, la que reconozco del camino. "Por supuesto que no".

"Podemos jugar a un juego".

"Por desgracia, me he dejado el tablero del monopolio en casa".

"Algo sin tablero ni piezas. Como el "Veo veo". Es algo a lo que juego con Ky, aunque tengo que hacer las dos partes. La mayoría de las veces soy yo quien señala las cosas y las nombra. Tener un adulto con el que jugar suena realmente divertido".

Él levanta las cejas. "Veo algo oscuro".

Toda la celda es oscura. "Tú eras el chico de la clase que molestaba al profesor, ¿no? Vale, listillo, nombra un juego al que podamos jugar".

"Verdad o reto". Lo dice como un reto, como si ya estuviéramos jugando.

"Nada de retos. El único sentido de eso es desnudarse, y ya decidimos no hacerlo".

"¿Lo hemos decidido?"

"Lo estoy decidiendo ahora".

"Bien", dice él. "Sólo la verdad".

"Y me toca preguntar primero, pues ya te conté todo sobre mi vida".

Él inclina la cabeza en un asentimiento amable. "Adelante. Soy un libro abierto".

"¡Ja! Lo dudo mucho".

Finn parece bastante despreocupado cuando te detiene en el arcén de una carretera rural desierta, con sus comentarios y su distanciada diversión, pero lo he visto jadear en una pesadilla, he oído la desolación en su voz cuando me habla de las cosas que ya no se permite hacer.

Quiero saber tantas cosas sobre él, todo en realidad. Cada nueva información que aprendo sobre él se siente como una perla, una ensartada tras otra. *Es un buen hombre, pero ya sabes, desde el accidente, tiene un palo tan metido...*

Sé por qué se hizo policía, pero no por qué se hizo criminal.

"¿Quién era tu padre?"

Primero es la sorpresa. La sorpresa aparece en sus ojos, como un relámpago. Luego, un relámpago recorre su rostro, oscuro y tenebroso. "Eres muy lista, ¿verdad?"

Cierro la boca, sintiéndome culpable y a la defensiva a la vez. La pregunta brota a medias de mis labios, impulsada por una creciente curiosidad por este hombre. Nunca quise enfadarlo, ni herirlo.

"No importa", digo rápidamente. "No es asunto mío".

La tormenta se disipa tan rápido como llegó, y se convierte en una despreocupación tan pura que no puede ser real. "No, está bien. Pregunta justa".

"Oye." Pongo una mano en su brazo. "Hablo en serio. Podemos jugar a otra cosa. El juego silencioso. Ese es bueno. Lo juego a veces con Ky, pero, atención, se me da bastante bien. Él siempre pierde. Probablemente porque no entiende las reglas".

Además, así hay menos posibilidades de que meta la pata.

La comisura de su boca se levanta. "Mi padre hizo lo mismo que yo. Sólo que con menos dudas sobre matar si alguien se interponía. Esta es la parte verdaderamente ridícula, en realidad me sentía un tipo bastante decente, que sólo traficaba con drogas en lugar de con personas, que sobre todo pagaba a las chicas que llevaba conmigo y hacía que se corrieran cuando teníamos sexo. Sí, soy un tipo jodidamente bueno".

Se me aprieta el estómago. Tiene tantos remordimientos en su interior que me resulta imposible odiarlo. O quizás es porque crecí en las mismas calles que él. Sé que en realidad era un gran tipo según esos estándares. Y luego se hizo aún mejor.

"Lo siento". Siento haber sacado el tema. Siento haberte hecho recordar todo esto con mi huida nocturna de la ciudad.

Continúa como si no me hubiera escuchado. "La gente de Provence. Al principio no confiaron en mí, lo cual fue inteligente por su parte. Y luego, después de un tiempo, confiaron en mí. Bridget, siempre está tratando de engañarme. Dice que es hora de que deje de castigarme, pero esa es la cuestión. He seguido adelante. Esto es lo que parece, estable, tranquilo".

Desolado. Y solitario. Y desgarrador. "Creo que eres tú quien debe decidir. Lo que quieres, lo que te hace feliz".

"¿Qué te hace feliz, Jessica?"

Inexplicablemente, esto. Sentada en la oscuridad con un amable desconocido, derramando secretos que no quiero recordar. El calor de su brazo bajo mi mano, la solidez de su cuerpo junto al mío.

Parecía un poco perdido cuando hizo la pregunta, parecía un poco desamparado allí en las sombras, y eso me pareció mal. No sé cómo consolarlo, pero puedo darle mi compañía. No tiene por qué sentirse solo esta noche. Y yo tampoco.

Le doy una palmadita en el hombro. "Vamos".

Se queda con la mirada perdida, pero me permite acostarlo en el catre. Me acuesto a su lado, con el brazo extendido sobre su pecho para evitar rodar hacia atrás. El calor persiste en su cuerpo, restos de deseo, pero nuestro contacto es puro confort.

"Tengo miedo", susurro en la oscuridad.

"Vete a dormir, preciosa. Yo te cuidaré".

La determinación en su voz es prueba suficiente de que estaremos a salvo. Aunque sólo sea por estas pocas y preciosas horas en una cárcel en medio de la nada, a salvo. Un precioso regalo. Un alivio de una maldición lanzada hace mucho tiempo.

Ahora sé cómo sería la intimidad, más profunda que la física. Nuestra preocupación, nuestra tristeza se juntan, y nos sostenemos el uno al otro, a la deriva. No hay cura para la vergüenza ni para el dolor salvo el tiempo, no hay nada que hacer salvo esperar, y por esta noche estaríamos juntos a la deriva.

CAPÍTULO 11

FINN

El príncipe se arrodilló junto a ella y la despertó con un beso. Y la maldición se rompió.

Salgo del sueño, pero apenas.

Una tenue luz naranja baila entre las sombras, como si estuviera bajo el agua, en el fondo de un océano. Me siento perezoso, pero también cálido y acurrucado, y no quiero despertarme, porque eso acabaría con esto. Ni siquiera sé qué es esto, sólo que es fugaz.

Logro abrir un ojo y compruebo que el bebé está dormido.

Luego cierro los ojos y me concentro en mis otros sentidos.

Un dulce olor femenino consigue ser adormecedor y sexy al mismo tiempo. ¿Cuánto tiempo hace que no tengo una mujer a mi lado? Mucho, demasiado tiempo desde que sentí la suavidad amortiguada contra mi propia dureza, y joder, estoy duro como una piedra.

Pero no me siento preocupado, no esta vez. Sólo aliviado.

Aliviado de sentirme como un hombre de nuevo, un hombre completamente vivo, uno que tiene una erección matutina y la usa con la mujer suave y somnolienta que tiene a su lado. Ella hace pequeños ruidos de casi despertar cuando la muevo entre mis brazos, cuando coloco mi cuerpo sobre el suyo.

Y entonces -gracias, Jesús- me acerca más, con más fuerza, tocándome por todas partes. Empujo mi rodilla

entre las suyas en señal de pregunta; ella separa las suyas en respuesta.

Me meto entre sus piernas, tan cómodo que podría pasarme toda la vida allí, con la cresta dolorosa de mi polla contra el calor de su sexo y mi cuerpo acunado por el suyo. Ella gime, la sorpresa corta ese sonido cuando inclino la cabeza y pongo mis labios en su cuello. Tan suave, tan dulce. Se agita contra mí, espasmódicamente, como si no pudiera evitarlo, como si la arrastrara a medias a la locura en la que me encuentro, donde todo es calor y sexo y el bendito tacto de la piel sobre la piel, y no tengo que pensar, no tengo que lamentarme ni fingir.

Sólo esto, sólo sus labios bajo los míos, y sus caderas bajo las mías, y su piel suave y delicada en mis manos para moldearla y acariciarla. Encuentro su pezón a través de la tela sedosa y lo froto suavemente con el pulgar. Se endurece, y una profunda sensación de posesión se forma dentro de mí.

Mía. Este cuerpo es mío. Esta mujer es mía.

Podría volverme loco por la necesidad de estar dentro de ella, pero algo me retiene. Alguna sensación de que rompería el hechizo, de que tal vez ella se convertiría en cenizas en mis manos si me atreviera a presionar para obtener más o incluso a mirar, y por eso me mantengo suspendido en el tormento, saboreando cada segundo.

Pero no puedo aguantar, no con sus bracitos contra el cuello de él o sus manos no tan suaves arañando su espalda. Me balanceo contra ella, incesante y sin sentido. Ella se estremece debajo de mí en un pequeño y precoz clímax y es demasiado. Demasiado jodidamente sexy para soportarlo.

Me congelo así, suspendido en el hielo, con el cuerpo rígido por la negación.

"¿Jessica?", preguntó con voz ronca.

Necesito que haga algo más que tomarme, que acepte esto. Necesito que lo desee tanto como yo. Porque no voy a aceptar sólo una noche con ella. No si voy a estar dentro de ella.

Sus ojos se abren de par en par, como si la hubiera sorprendido.

Como si tal vez hubiera estado en un sueño todo este tiempo, mientras la tocaba, mientras se corría, su coño caliente y húmedo a través de la ropa, su polla deseando estar dentro.

Ella lo empuja y él la deja levantarse.

Su pelo está enredado por un lado y sobresale por el otro. La camisa se le adhiere al cuerpo en los lugares equivocados, arrugada por el sueño y las manos de él. Tenía un aspecto glorioso.

Sus ojos ardían de ira y excitación. "¿Qué me estás haciendo?"

Solía ser bueno con las mujeres, lo suficientemente suave como para encontrar una nueva cada noche en el bar. Y ahora aquí estoy, tratando de convencer a una mujer que acaba de tener un orgasmo contra su polla para que le permita hacerlo de nuevo. No sólo una vez. Para siempre. Una y otra vez.

"¿Quieres que me vaya?"

Muy suave, Locke. Estoy seguro de que ella se desmayará con ese tipo de conversación suave.

La ira se desvanece de su expresión, dejando sólo la tristeza. "No. Por supuesto que no".

La comprensión es una bola fría en mi estómago y me alejo de ella. Me siento en el borde del catre, sin querer dejarla hasta asegurarme de que está bien. No es que yo sea de mucha ayuda. "Lo dices porque crees que me lo

debes. Porque crees que estoy pidiendo una compensación".

La duda parpadea en sus ojos. "No eres... tú".

No puedo evitar la risa sardónica y sin humor que se me escapa. "¿No soy yo, eres tú? Soy yo quien estuvo a dos segundos de follarte mientras dormías".

Me toca el brazo y es todo lo que puedo hacer para no apartarme. "Es que así han sido los hombres para mí. Siempre exigiendo algo. Y yo nunca lo he querido".

Entonces no puedo evitarlo. Sus palabras me golpean como un puñetazo. Retrocedo, físicamente, poniéndome de pie para poder obtener algo de espacio de ella y de la terrible verdad de esto. Por supuesto que le aterrorizan los hombres. Tiene la marca de la mafia Luski en su dedo. No sé lo que le hicieron, pero sé que les encanta la violencia. Ella habría visto su parte de ella, la habría experimentado a manos de hombres terribles.

Hombres como yo, aparentemente. Y yo nunca he querido eso.

"Joder", digo, pasándome una mano por el pelo. "Lo siento".

"Hasta ahora", dice, arrodillada en el catre, con más aspecto de diosa del sexo del que tiene derecho a tener en una celda. "Me hiciste desearlo. Creí que podías sentirlo".

Sus mejillas se sonrojan como si le diera vergüenza hablar de su orgasmo. Como si se avergonzara de haber tenido uno. Oh, mierda. "¿Fue el primero?"

Ella mira hacia otro lado, avergonzada. "Sabes que he tenido sexo antes. Tengo a Ky".

Doy dos pasos largos hacia ella, inclinando su barbilla hacia arriba para que pueda ver esos hermosos ojos azules. Hay tanto dolor dentro de ellos que casi duele

mirar, pero no puedo parar. "Tu primer orgasmo. ¿Fue la primera vez?"

"Sí", susurra, con los ojos muy abiertos, sin pestañear.

Dios mío.

Mis altos muros, mi cuidadosa distancia se convierten en nada, dejándome expuesto. Cada deseo y cada esperanza. Si ella puede retorcerme tanto en una noche, no puedo imaginar lo que podría hacer una exposición prolongada. Me destruiría a mí mismo.

O tendría sexo con ella, lo que parece posiblemente peor y mucho mejor a la vez.

"Quédate", digo con brusquedad, con la voz rasposa contra el hormigón de la celda.

Sus ojos azules brillan con preocupación. Con anhelo. "¿Qué pasa con Ky?"

¿Cree que la querría sin su hijo? "Puede vivir en mi casa. Es grande y está vacía. Y hay una habitación en particular que quedaría muy bien pintada de azul".

Aspira un poco de aire. "No sabes lo mucho que quiero eso. Lo mucho que quiero tener una vida normal. Lo mucho que te quiero a ti. Pero no puedo dejar de correr".

Porque ella experimentó más dolor y sometimiento del que cualquier mujer debería tener. Lo que significaba que debería dejarla en paz. No enviarla a seguir su camino con ese coche de mierda. Debería darle dinero y un pasaje seguro para que pudiera empezar una nueva vida libre de las pollas duras y los ojos hambrientos de los hombres que la desearían, hombres como yo.

Realmente debería dejarla ir.

"Te mantendré a salvo aquí", le digo en cambio.

Ella abre la boca para hablarme de los peligros. Y yo los escucharé. Entonces, destruiré hasta el último de ellos. Pero primero necesito hacer algo. Necesito hacerlo desde que vi por primera vez sus ojos azules y soñolientos y su hermoso rostro mirando desde la ventanilla del coche.

La beso, un ligero roce de mis labios contra los suyos.

Como una pregunta, pidiéndole que se quede con las palabras que aún no he pronunciado en voz alta. Está tan tensa, llena de preocupación y miedo, y quiero hacer que se sienta segura, acariciar su cuerpo hasta que se convierta en un charco de necesidad y suplica incoherente.

Ella me vuelve loco, y hace tiempo había buscado eso, queriendo sentirme salvaje y al límite. Sin embargo, no desde hace mucho tiempo. Estos últimos años habían sido de aislamiento. Sobre conducir por oscuras carreteras rurales solo. Y todo el tiempo, había estado buscándola. Sin siquiera saberlo, buscándola.

Sus labios están hinchados, su piel enrojecida. Es tan increíblemente sensual que hace que me duela el cuerpo. Al menos lo haría si pudiera apartar la mirada de sus ojos. Son tan brillantes y azules como un nuevo día, llenos de esperanza. Ella está radiante así.

"Finn", murmura.

"Jessica", digo, inclinándome para darle otro beso. "Encantado de conocerte".

FIN

SOBRE LA AUTORA

Skye Warren es la autora superventas del New York Times de romances peligrosos como la trilogía Endgame.

Sus libros han aparecido en Jezebel, Buzzfeed, USA Today Happily Ever After, Glamour y Elle Magazine. Vive en Texas con su cariñosa familia, sus dulces perros y su malvado gato.

Apúntate al boletín de Skye:

www.skyewarren.com/newsletter

Me gusta Skye Warren en Facebook:

facebook.com/skyewarren

Únete al grupo de lectores del Cuarto Oscuro de Skye Warren:

skyewarren.com/darkroom

Sigue a Skye Warren en Instagram:

instagram.com/skyewarrenbooks

Visita el sitio web de Skye para ver su lista de libros actual:

www.skyewarren.com.